

Corrupción y política - Mediterráneo - 13/12/2020

Inquietudes de un europeo

Corrupción y política

El rearme moral de la sociedad, para salir con pujanza de la crisis, ha de fundarse en la corrección de las debilidades de la democracia

FRANCESC
Michavila*



La corrupción en la política suele estar frecuentemente en boca de los ciudadanos cuando hablan con amigos, y ocupa abundante espacio en los medios de comunicación, que ponen el acento en su morbo o la indignación producida. La corrupción política debe entenderse como el uso o abuso de la posición que ocupan los corruptos para su beneficio, o el de sus allegados, familiares o afines políticos, mediante la apropiación de dineros públicos o la utilización de medios humanos y materiales a su cargo. O sea, aprovechándose de lo que pertenece a toda la ciudadanía para su interés particular. Quiero detenerme en el grave mal de la corrupción política, entendida en un sentido amplio, no en aspectos técnicos de estricta calificación jurídica.

Hay que empezar por una verdad que a veces se omite: la nobleza del trabajo de quienes se dedican a la función política, la generosa entrega que la gran mayoría hace de su tiempo y su intensa dedicación en labores públicas que pretenden, y en bastantes ocasiones logran, mejorar las condiciones de la vida de sus conciudadanos. Los políticos corruptos son una reducida minoría, pero sus fechorías son noticia, al contrario del trabajo bien hecho de la mayoría que nadie suele destacar.

La corrupción ha estado presente en la acción política europea desde los gloriosos tiempos de

la Atenas de Pericles hasta hoy. Al carismático líder ateniense se le acusó de efectuar malversación de fondos —una de las facetas más extendidas de la corrupción política— para levantar el Partenón, poblar su ciudad de bellos edificios públicos y construir la sublime Acrópolis, de la que nos sentimos tan orgullosos los europeos que somos herederos de la cultura griega. Tras la Segunda Guerra Médica, Atenas se hizo muy poderosa y varias ciudades griegas pidieron su protección, pagando a Pericles cuantiosos fondos para asegurarla. Esos dineros fueron desviados para el interés exclusivo de Atenas, en una mezcla irregular de recursos propios y ajenos.

Ya en el siglo XIX, hay otro ejemplo de corrupción que dará pie a algo que la posterioridad considerará como una de grandes creaciones humanas. **Georges-Eugène Hausmann**, como Prefecto del departamento del Sena en tiempos de **Napoleón III**, emprendió grandes obras y reformas ur-

banísticas en la ciudad de París que la dotaron de su incomparable belleza. Modernizó su imagen, la limpió, renovó el alcantarillado, construyó sus grandes bulevares, la Ópera... Pero la razón de fondo de la transformación respondía a los intereses de los burgueses y los aristócratas que, preocupados por el despertar del proletariado urbano, consiguieron de este modo que los pobres fuesen expulsados al extrarradio. Con tantas obras proliferaron muchos negocios oscuros, en connivencia con el entorno de Hausmann, y provocaron su posterior caída, acusado de corrupción por Jules Ferry, por sus turbios *affaires*.

En España, los escándalos también han poblado su Historia. La sociedad se ha visto convulsionada recientemente por uno de ellos, que afecta al anterior rey **Juan Carlos I** y al carácter ejemplar que debían tener sus actuaciones. Las cuentas corrientes ocultas, los ingresos al margen del fisco de su país o posibles actua-

ciones irregulares de quien ocupaba la jefatura del Estado traen a la memoria hechos de un tiempo lejano, atribuidos a otro miembro de su familia: el rey **Alfonso XIII**, cuyos negocios y oscuros manejos relacionados con la Guerra de Marruecos indignaron a una notable parte de la intelectualidad española. **Miguel de Unamuno** encabezó el movimiento de denuncia, con sus artículos y escritos. Así, en su artículo *Desquite suicida*, publicado en *El Liberal* en 1921, criticaba «un régimen de podredumbre y de negocios, de caciquerías y de clandestinidades». Posteriormente denunció el golpe de estado de **Primo de Rivera** de encubridor de la corrupción, y en *Un pronunciamiento de cine*, en *La Nación* en 1924, le atribuía la pretensión de «evitar el completo esclarecimiento de lo que ha pasado en África».

A los tres ejemplos anteriores se pueden sumar numerosos casos del pasado (el estraperlo, que corrompió a familiares del presidente del gobierno, **Alejandro Lerroux**, en la Segunda República; el caso de la construcción por **Lesseps** del canal Panamá en la Tercera República francesa, ...) o en el presente *Gürtel*, de sustracción de dineros públicos, o *Kitchen*, de abuso de poder para perjudicar a rivales políticos. Con su divulgación se ha extendido un descrédito grande de la política. Los ciudadanos muestran cada vez menos simpatía por quienes se dedican a la res pública, y conceden escaso valor a su tarea política.

¿Cómo actuar para corregir esa tendencia de la opinión pública? En primer lugar, haciendo atractivo el trabajo de los políticos, que su buen hacer no se base en actitu-

des voluntaristas o, solo, en un idealismo que la realidad pueda defraudar en un plazo breve. No puede aceptarse como una regla inevitable que el sector privado sea el que trate mejor a los más brillantes profesionales.

Cuando Europa supere el mal sueño que vive a causa de la despiadada epidemia del coronavirus, acaso se perfila en su horizonte el albor de un tiempo nuevo, de un futuro con nuevas aspiraciones, dispuestos además a superar, con el Pacto Verde Europeo, los daños de la contaminación y la emergencia climática. Para ese tiempo con el que moralmente estamos obligados a esforzarnos en que sea factible, la sociedad europea y, muy especialmente, las sociedades valenciana y española deben erradicar dos lacras que arruinarían el mañana: la desunión y la corrupción.

Ese rearme moral de nuestra sociedad, para salir con pujanza de la crisis, ha de fundarse en la corrección de las debilidades del sistema democrático, alma de la unificación europea, y la protección de las libertades y los valores europeos; también, con el freno a los ataques que sufren en países del este de la Unión Europea, como Polonia y Hungría.

En cuanto a la parte de la solución que se refiere a la erradicación de prácticas corruptas en la política, las dos medicinas más eficaces son la implantación de sistemas de rendición de cuentas rigurosos, con consecuencias para las malas praxis, y la extensión de la transparencia a todos los ámbitos de actuación en la vida pública. ■

*Rector honorario de la Universitat Jaume I

Las mejores medicinas son implantar sistemas de rendición de cuentas rigurosos y extender la transparencia a toda la vida pública